Cuando Aziyadé tendió la mano, sus ojos estaban cuajados de lágrimas...

XXXII

El caso es que era extraño encontrarse á aquel pajarillo tan alegre y gozoso en un sitio tan fúnebre. . . . . .

V

AZRAEL

I

20 de Mayo de 1877.

...Sí: es el cielo puro y el mar azul de Levante. Algo se dibuja allá abajo: el horizonte se puebla de mezquitas y minaretes. Me late el corazón. ¡Es Stambul!

Salto á tierra. ¡Que emoción tan viva me produce el volverme á hallar en este país!

Achmet no está allí, en su puesto de costumbre, caracoleando en Top-Hané con su caballo blanco. Gálata misma ha muerto: se ve que algo terrible, como una guerra de exterminio, ha llevado la vida á otra parte.

...Me visto mi traje turco; corro á Azar-Kapou. Tomo el primer caique que pasa. El *caiqdji* me reconoce.

—¿Y Achmet? pregunto.

—Ha partido para la guerra.

Llego á casa de Eriknaz, su hermana.

—Sí, partió, dice. Estaba en Batoum y no

tenemos noticias suyas desde la última batalla.

El dolor contrae las negras cejas de Eriknaz: derrama amargas lágrimas por el hermano querido que los hombres le han arrebatado, y la pequeña Alemchah llora también, mirando á su madre.

Voy á casa de Kadidja; pero la vieja se ha mudado y nadie sabe indicarme su nuevo domicilio.

II

Entonces me dirijo á la mezquita de Mehmed Fatih, hacia la casa de Aziyadé, sin darme cuenta de lo que hago, impulsado solamente por la necesidad de acercarme á ella y de verla...

Atravieso el montón de escombros y cenizas que era antes el opulento Fanar. Ha soplado allí un viento de devastación. No queda más que una larga serie de calles fúnebres, obstruídas por ruinas negras y calcinadas. He aquí lo que es ya el Fanar, el pintoresco barrio que atravesaba alegremente todas las tardes para ir á Eyoub, donde me esperaba mi amada...

Había gran alboroto en las calles; grupos de hombres, casi desnudos, reclutados para la guerra, medio armados, con aire salvaje, agu-

zaban sus yataganes en las piedras y tremolaban viejas banderas verdes con inscripciones blancas.

Anduve mucho tiempo. Atravesé los barrios solitarios del Eski-Stambul.

Me acercaba. Estaba en la calle sombría que conduce á Mehmed-Fatih, en la calle que ella habitaba.

Las casas, los objetos todos se destacaban con aspecto siniestro, que me angustiaba el corazón. No había nadie en aquella calle triste: reinaba un silencio imponente: no se oía más que el ruido de mis pasos...

Sobre el empedrado que ocultaba la hierba, aparece un contorno de vieja, rasando la pared bajo los pliegues de su manto, pasan sus piernas flacas y desnudas, de un negro de ébano; lleva inclinada la cabeza y va hablando consigo misma. Es Kadidja...

Kadidja me ve. Lanza un intraducible *¡Ah!* con esa entonación aguda que caracteriza á los negros, y me mira con gesto burlón.

—¿Aziyadé? la pregunté.

—*Eulú*, *eulú*, exclama, acentuando con placer estas palabras, extrañamente salvajes, que en lengua tártara designan la muerte.

—*Eulú*, *eúlmuch*, gritaba como á alguien que no comprende.

Y revelando en su actitud odio y satisfacción, me perseguía sin piedad repitiendo la frase fúnebre: *sí, ha muerto, ha muerto.*

No se comprenden al pronto las palabras semejantes que nos hieren como un rayo. Necesita el dolor un momento para oprimirnos y mordernos en el corazón. Seguía adelante; me inspiraba á mí mismo horror por mi tranquilidad, y la vieja venía á mis alcances, corriendo como una furia, gritando su horrible *Eulú, eulú!*

Me sentía dominado por el odio implacable de esta criatura que adoraba á su señora, muerta por mi causa. No me atrevía á volver la cabeza: tenía miedo de interrogarla, de adquirir una prueba, de estar cierto de mi desgracia: andaba, andaba como un loco.

III

Me encontré apoyado en una fuente de mármol, cerca de la casa pintada de tulipanes y mariposas amarillas que Aziyadé había habitado: estaba sentado, y mi cabeza daba vueltas: las casas, sombrías y desiertas, bailaban en mi presencia una especie de danza macabra: golpeaba el mármol con mi frente, de donde corría

la sangre. Una arrugada mano negra, mojada en el agua fría de la fuente, sostenía mi cabeza... Entonces vi á mi lado á Kadidja, que lloraba; estreché sus rígidas manos de mono; seguía echando agua sobre mi frente...

Los transeuntes no se curaban de nosotros... Conversaban con animación: leían papeles que eran repartidos en las calles, donde se daban noticias de la primera batalla de Kars. Se estaba en los primeros días del principio de la guerra, y los destinos del Islam parecían perdidos irremisiblemente . . . . . .

. . . . . .

IV

"Velo noche y día; mi mente sueña calenturienta; por mis mejillas corren las lágrimas desde que Albaydé ha cerrado en la tumba sus hermosos ojos de gacela."

(V. Hugo: *Orientales.*)

Estrechaba en mi corazón una cosa fría: era una columnita de mármol cuyo pie se hundía en la tierra.

La columnita estaba pintada de azul celeste, y terminaba por la parte superior en su relieve de flores de oro. Veo aún aquellas flores y

aquellas letras doradas, que leía maquinalmente.

Era una de esas piedras tumulares que se colocan en Turquía, especialmente en las tumbas de las mujeres, y yo estaba sentado en el suelo, en el gran cementario de Kassin-Pachá.

La tierra roja y recién removida formaba una desigualdad de la longitud de su cuerpo humano; pequeñas plantas, arrancadas de cuajo por el azadón del sepulturero, yacían en aquel escampado, con las raíces al aire: alrededor crecía el musgo, brotaba la fina hierba, se abrían olorosas flores silvestres. No se ven ramos ni coronas en las tumbas turcas.

Este cementerio no inspiraba el horror de los cementerios de Europa: su tristeza oriental era más dulce, y también más grandiosa. Grandes soledades yermas; colinas estériles, plantadas acá y allá de negros cipreses; de trecho en trecho, á la sombra de estos árboles altísimos, manchas de tierra removida la víspera, antiguas piedras funerarias, extrañas tumbas turcas, coronadas de turbantes.

A lo lejos, á mis pies, el Cuerno de Oro, la silueta familiar de Stambul, y allá abajo... Eyoub...

Era una tarde de verano. La tierra, la hierba seca, todo despedía color: sólo el mármol que enlazaba con mis brazos permanecía frío: su base se ocultaba en la tierra y se enfriaba al contacto de la muerte.

Los objetos exteriores tenían ese aspecto desusado de que se visten las cosas cuando tocan á su término las crisis decisivas de los hombres ó de los imperios, cuando el hado fatal se cumple.

Oíanse á lo lejos las fanfarrias de las tropas que partían para la guerra santa, esas extrañas fanfarrias turcas que despiden notas estridentes y sonoras, cuyo timbre no es igual al de nuestros cobres de Europa. Parecía escucharse el último y supremo grito del Islamismo y del Oriente, el canto de muerte de la gran raza de Tchengiz.

El yatagán turco pendía de mi cintura: vestía el uniforme de *yuzbachi*. Loti había muerto: el que estaba allí era Arif, Arif-Ussam; había pedido ser enviado á la frontera: partía al día siguiente...

Una tristeza intensa y grave pesaba sobre esta tierra sagrada del Islam: el sol poniente doraba los viejos mármoles verdes de las tumbas, brillando con resplandor rojizo en las copas de los cipreses, en sus troncos seculares, en sus melancólicas ramas grises. Este cemen-

terio era como un templo gigantesco erigido á Allah: tenía la calma misteriosa de las cosas eternas, é impulsaba á la oración.

Veía allí, como á través de un velo fúnebre, toda mi vida pasada con el desorden vago de los sueños; los rincones del mundo en que he vivido y amado, mis amigos, mi hermana, las mujeres de distintas razas que adoré, y después, ¡ay! el hogar abandonado para siempre, los viejos tilos, mi hermana y mi anciana madre...

Por *ella* que yace aquí, todo lo olvidé. Me amaba con el amor más puro y más profundo, y también el más humilde, y ha muerto suavemente, lentamente, detrás de las rejas doradas de su harén; ha muerto de dolor, sin enviarme una queja. Oigo aún su voz grave que me decía: «¡No soy más que una pobre esclava circasiana; pero tú, *ya lo sabes:* Loti, si quieres, hágase tu voluntad!»

Las fanfarrias seguían tocando, sonoras como las fanfarrias bíblicas del juicio final: millares de hombres gritaban al unísono el nombre formidable de Allah; su estruendo lejano llegaba hasta mí y poblaba los vastos cementerios de rumores extraños.

El sol había desaparecido detrás de la colina sagrada de Eyoub y la noche de verano empezaba á envolver sus sombras transparentes, la herencia de Othmán...

...Esa cosa siniestra que está aquí, bajo mis pies, tan cerca de mí que me estremezco al pensarlo; esa cosa siniestra, ya devorada por la tierra y que amo aún... ¿es eso todo, Dios mío? ¿O bien hay algo indefinido, un alma que palpita en el aire puro de la tarde, algo que puede verme regando con mis lágrimas este suelo?

Dios mío, por *ella* estoy cerca de orar: mi corazón, que se había endurecido en la comedia de la vida, se abre al presente á los consuelos inefables de las religiones humanas, y mi llanto cae sin amargura sobre esta tierra desnuda... Si no acaba todo en el polvo sombrío, pronto lo sabré, porque voy á morir para averiguarlo. . . . . .

V

CONCLUSIÓN

Se lee en el *Djeridei-havadei*, diario de Stambul:

«Entre los muertos en la última batalla de Kars se ha encontrado el cuerpo de un joven

oficial de la marina inglesa, que había entrado recientemente al servicio de Turquía bajo el nombre de Arif-Ussam-Effendi.

»Ha sido enterrado entre los bravos defensores del Islam (que Mahoma proteja), al pie del Kizil-Tepé, en la llanura de Karadjemir.»

FIN

ÍNDICE

Páginas

De William Brown á Plumkett 7

I

SALÓNICA

Diario de Loti 11
A William Brown 18
Loti á Plumkett 28
Plumket á Loti 33

II

SOLEDAD

Loti á William Brown 61
Karagueuz 78
Loti á su hermana 81
Loti á Plumkett 83
A Loti, de su hermana 87

III

EYOUB PARA DOS

Loti á su hermana 101
A Loti, de su hermana 109
Loti á Plumkett 119
Plumkett á Loti 128
Loti á William Brown 136
Plumkett á Loti 163
Loti á Plumkett 174

IV

MANI, THECEL, PHARES

A Loti, de su hermana 274
Loti á Izzeddin-Alí 277

V

AZRAEL

Conclusión 293